



Impresiones desde la Congregación General

Patxi Álvarez, Roma 20 de enero de 2008

Roma amaneció ayer fría y con el cielo muy despejado, anunciando una mañana preciosa. Así fue. Un día radiante que culminaba cerca ya de la una del mediodía en la Capilla de la Curia, cuando rezábamos todos los jesuitas de la Congregación y de la comunidad una oración de acción de gracias, con el corazón lleno de alegría, por la elección del P. Adolfo Nicolás como nuevo General de la Compañía.

La semana transcurrida ha sido muy intensa. El lunes escuchamos con atención la carta del Papa a la Congregación, a la que el P. Kolvenbach respondió unos días más tarde. Ese mismo día asistimos a la votación de aceptación de la renuncia del P. General. Ya el martes por la mañana recibimos las instrucciones para los siguientes cuatro días de “murmuraciones”. Al salir del aula para celebrar por grupos lingüísticos la Eucaristía de comienzo del proceso, el silencio era denso, el propio de los grupos de Ejercicios que marchan después de haber recibido puntos para la oración. Era una muestra del clima interior de discernimiento que después hemos vivido.

Cada día por la mañana la Eucaristía ha sido nuestro lugar de encuentro. Celebrada con paz, sin correr, saboreándola, viviéndola como momento de preparación personal de búsqueda. Porque estas jornadas previas a la elección han sido de búsqueda intensa. Las dos primeras el ritmo de intercambios entre nosotros ha sido trepidante. Hemos hablado largo y profundo. Con muchos compañeros. Nos animaba un mismo deseo: el de encontrar, bajo la luz del Espíritu, a la persona adecuada. Todos percibíamos la limpieza y transparencia en la comunicación. Queríamos lo mejor para la Compañía. Los dos últimos días el ritmo de los encuentros fue bajando. Necesitábamos más espacio para la oración y la meditación. Creo que por la cabeza de todos nosotros han ido pasando, como de modo alterno, los rostros de las posibles personas y las realidades que nos preocupan: los pobres, el bien de la Compañía, el de la Iglesia y nuestra relación con la jerarquía, los laico/as con los que trabajamos, el anuncio de Jesús y su Reino, nuestro deseo de trabajar por un nuevo mundo, el diálogo con la cultura y las religiones... Y hemos pedido al Señor que siempre nos acompañe que nos ayudara a elegir a quien mejor nos podría guiar en este tiempo.

Mientras, nos hemos ido conociendo unos a otros en la diversidad de idiomas y culturas. Una corriente de simpatía y amistad se ha ido extendiendo entre nosotros. Verdaderos compañeros, que compartimos la misma misión y los mismos deseos, en el Señor que nos sigue llamando.

El viernes por la tarde los más de los electores nos esparcimos por las calles de Roma y sus iglesias. Muchos nos encontramos en los “lugares ignacianos”. En las cámaras de S. Ignacio en el Gesú los jesuitas que allí estábamos escuchamos el capítulo 2º de la Parte IX de las Constituciones, donde Ignacio recoge los rasgos deseables en el General, un retrato límite de lo que el seguimiento de Jesús al modo de la Compañía es capaz de desplegar en nuestras personas. Más tarde, en el tiempo largo que estuvimos en el Gesú nos cruzamos con otros muchos compañeros que se detenían frente al altar de S. Ignacio o ante la Virgen de la Estrada. También nos acercamos a los restos de Arrupe... Se respiraba una atmósfera cálida de discernimiento y oración. No había prisa por ir de un lado a otro. Sólo el deseo de que el Espíritu fuera calando en nosotros e iluminándonos.

Ese viernes en el Bellarmino, los jesuitas de la Congregación nos retiramos pronto después de cenar, aunque no había consignas previas. Nos levantamos temprano al día siguiente, ya de elección. A las seis y media la mayor parte de nosotros estábamos desayunando. Una hora más tarde, nos habíamos revestido en la Curia con albas y estolas blancas y uno a uno, en silencio, habíamos atravesado la calle que separa nuestra comunidad de la Iglesia del Espíritu Santo. La Iglesia se llenó con los concelebrantes. No se oía ningún comentario, ni murmullo. Se respiraba un clima profundo de

oración. La Eucaristía fue preciosa, intensa. Celebrada sin prisas, duró cerca de una hora, aunque nada se alargó. A las nueve y media puntualmente, el último de los electores se había sentado en el puesto asignado en el aula. Aún tuvimos allí una hora más de oración en silencio, para confirmar nuestra elección. Después, pronto, comenzó la votación. El clima no cambió. Seriedad y serenidad y un gran silencio en el aula.

La solemnidad del momento no se rompió hasta que supimos ya sin lugar a dudas que el P. Adolfo Nicolás había sido elegido. Eran cerca de las doce. Entonces, todos nos levantamos para aplaudir con alegría, con agradecimiento profundo, con deseos de acompañar a aquel hombre, con mucha esperanza. Fue un aplauso prolongado. A la comunidad de la Curia ya no le quedaron dudas de que teníamos nuevo General. Pronto entrarían para felicitarle.

El P. Nicolás, tras la lectura de la profesión de fe, fue recibiendo con un abrazo, uno a uno, a todos los electores. Para cada uno tuvo una palabra. Y después fueron pasando los jesuitas de la Curia, que habían esperado impacientes toda la mañana.

Del P. Nicolás se pueden decir muchas cosas que las oficinas de prensa de la Compañía recogerán estos días. A mí me gustaría dejar algunas impresiones personales. Tuve la suerte de conocerle en Camboya, cuando él era Provincial del Japón y se acercó a darnos los Ejercicios anuales. Un hombre encantador y entrañable. De esas personas junto a las que uno se siente a gusto. Con buen humor y muy acogedor. Aún recuerdo un desayuno sin prisas en Banteay Prieb en el que él se reía con gusto y disfrutaba con sencillez del encuentro con la gente. Teólogo bien preparado, amigo de los pobres, sensible al diálogo con las religiones, especialmente con el budismo... El año pasado lo invitamos a las Jornadas de Regreso y Encuentro organizadas en Javier. Había muchas personas y bastantes jesuitas. Estaban organizadas por Alboan y la Facultad de Teología de Deusto, por lo que bastantes de lo/as trabajadore/as de Alboan estaban allí. La gran mayoría me hablaron de él. Les había encantado aquel hombre que no se hacía notar, pero que llamaba la atención por su cercanía y sencillez. Esa es la huella que el Señor va dejando en las personas cuando viven muy cerca de él y se dejan tocar por su gracia.

Ayer leía por ahí algún titular que lo tildaba de “progresista”. Todos necesitamos estereotipos para ubicarnos. No creo que sea el mejor para que los jesuitas comprendamos quién es el P. Nicolás. Es un hombre de Dios, misionero de Jesús y de su Reino, preocupado por los pobres y la justicia, deseoso de dialogar con el mundo, sus culturas y religiones, al servicio de la Compañía y de la Iglesia... Para mí, tiene mucho del jesuita que todos queremos ser y que entrevemos en lo más luminoso de nuestras contemplaciones. Del Japón nos trae algo de ese sol naciente.

Al llegar al Bellarmino la alegría de la comunidad era notable y la nuestra siguió aumentando. Por la tarde, Koldo, Juanmi y yo dimos un largo paseo por Roma, mientras comentábamos los acontecimientos de la semana. Nos invadía la consolación. Desde ese sentimiento están escritas estas líneas, desde la alegría y la esperanza hacia el futuro que nos dejan estos días transcurridos. Mañana seguiremos con la Congregación.